

OLIVERA, Mercedes

- 1978 *Pillís y macehuales. Las formaciones sociales y los modos de producción de Tecali del siglo XII-XVI*, Ediciones de la Casa Chata, núm. 6, México.

REYES GARCÍA, Luis

- 1977 *Cuauhtinchan, siglos XII-XVI. Formación y desarrollo histórico de un señorío prehispánico*, Franz Steiner Verlag, Wiesbaden.

YONEDA, Keiko

- 1991 *Los mapas de Cuauhtinchan y la historia cartográfica prehispánica*. FCE-Ediciones de la Casa Chata-Gobierno del Estado de Puebla, México (primera edición, 1981, AGN, México).
- 1996 *Migraciones y conquistas: descifre global del Mapa de Cuauhtinchan*, núm. 3, Científica, INAH, México.

Pilar Máynez, *Lenguas y literaturas indígenas en el México contemporáneo*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 188 p.

El libro de Pilar Máynez, *Lenguas y literaturas indígenas en el México contemporáneo*, posee la virtud académica del análisis sustentando, así como la virtud ética de la valoración. Y es que, por desgracia, el conocimiento de las lenguas indígenas y, más aún, de sus literaturas, es potestad de un grupo reducido, casi tan marginal como sus sujetos y objetos de estudio. El patrimonio cultural de nuestros indígenas permanece, para la mayoría de los mexicanos, en la oscuridad. Y mi comentario incluye los programas universitarios, que no pocas veces desdeñan lo que los indígenas de hoy crean o aportan, conservan y modifican. De hecho, no conozco un solo programa de licenciatura o posgrado en Letras (mi especialidad) que contemple, como parte de la literatura contemporánea, la investigación de las creaciones indígenas actuales; es más, tampoco hay asignaturas que se dediquen al estudio de la espléndida literatura indígena del pasado. No es de extrañar, por tanto, que este riquísimo campo lo aborden, principalmente, especialistas de otras áreas —que tampoco son muchos—, como historiadores, antropólogos, etnólogos o lingüistas. Pero, lógicamente, sus intereses son otros; no son, en síntesis, propiamente los literarios.

En este libro debemos a una lingüista, como Pilar Máynez, el análisis del juego semántico-figurativo de las creaciones que reúne en su antología, las cuales asimismo se nutren de la cultura tradicional. La estudiosa, por tanto, demuestra no sólo la especificidad de esta literatura coetánea, sino que a la vez subraya los vuelos artísticos que puede con-

tener. Estos elementos, vale decir, la vuelven sumamente atractiva (y no únicamente para el investigador de la literatura). Se requiere, pues, conocerla, y a ello ciertamente contribuyen el libro que comento.

En la selección poética que se ofrece hay una variedad de poemas que conjugan las más hondas preocupaciones humanas, pero con la particular visión del autor indígena. Esto entraña, para el receptor, una suerte de identificación ontológica, aunada a la extrañeza de un contexto que resulta ajeno, al igual que los modos de expresión que no son nuestros. De esta conjunción deriva, en parte, la fascinación que las más logradas composiciones indígenas provocan. Para ejemplificar traigo a colación el poema en náhuatl *Kauitl Iixayak* ("El rostro del tiempo"), de Delfino Hernández. En éste aborda una de las cuestiones que más profunda y constantemente han preocupado al ser humano: nuestro ser en el tiempo. Esta inquietud existencial, que expresa la contradicción de la fugacidad de las cosas y de la propia vida en la inmovilidad del tiempo, se expone tanto mediante imágenes de la variación en la Naturaleza como con la concreción del tránsito temporal en las personas. "Y nada es igual", dirá Hernández en un verso, "Todo gira, y al girar las cosas cambian de rostro"; sin embargo, "¿Es verdad que envejece el tiempo? / No, no es verdad. El tiempo no pasa. / Somos nosotros los que pasamos en el tiempo". El tema no es extraño a la literatura universal, y enraíza con antiguas preocupaciones de los indígenas prehispánicos, como se puede comprobar con ciertos textos que se conservan, si bien datan de los inicios de la Colonia.

La presencia de quizá involuntarios tópicos literarios igualmente nos identifica con el indígena o, más bien, no nos distingue: somos tan iguales en cuanto nos mueve el mismo sentimiento o nos abate la añoranza y la soledad. Véase, por ejemplo, el poema en lengua maya de Leonardo Can Pat, *Kin wilik ten wenel* ("La veo en mis sueños"), en el que con sutil erotismo la imaginación masculina convoca, al alba —como el tópico de la reunión de los amantes—, la presencia de la amada que lo requiere; pero el día amanece y no hay ni mujer hermosa ni verificación del amor; hay, por el contrario la triste conciencia del deseo así como de la soledad: "comprendí de pronto / que [a ella] la habían creado mi sueños".

Y si de amor se trata, quién no sabrá de la pasión obcecada que invade el pensamiento y que conduce a transgredir incluso aquello que nos obliga al respeto: "Es tiempo de cuaresma / y cercana la fiesta de mayo. / Quizá el día se fastidie de perseguir a la noche. / Tal vez despierte yo un día / con el escándalo de mi muerte; / tendré, a pesar de todo, un océano de suspiros / en mi alma, para evocar tu nombre" —dice el espléndido poema *Lalu'* del zapoteco Víctor Terán. Y el amor

es la verdadera libertad, según se desprende del poema *Zenaida* de la escritora zapoteca Natalia Toledo Paz. Obsérvese su muy logrado tratamiento irónico, esto es, que de un hecho se entiende lo opuesto: la cárcel es el lugar anhelado, *versus* la libertad, que es la prisión real. Cito la composición a la que me refiero: “Envidia el corazón / la cárcel que te anuda. / Mi piel violeta / es un crucifijo que me enreda / con los hilos de la hamaca; / un nudo de seda marina / que me entrega a la soledad / como las manos de un preso. / Tu encierro / es una hoja de olivo / donde Dios se escondió”.

Y qué decir de la concreción del deseo en la belleza de un árbol “florido”, en otro logrado poema, en lengua náhuatl, de Francisco Morales Baranda: *Tenamiquiliztli* (“Reencuentro”). Se trata de una obra abierta, para usar la terminología de Humberto Eco, en cuanto que el buscar anhelante que se manifiesta prescinde del nombre del objeto de la búsqueda; por tanto, éste ha de ser “completado” por el receptor en un proceso de apropiación; pero, además, se obliga a una suerte de felicidad, a la esperanza: “Te busco en el rostro del agua, / entre las variadas flores, / te busco, te busco / y en vano te busco en el rostro del agua. / Te busco entre mis manos, / en el bosque de lluvias, / en las esteras húmedas y esponjadas, / en las hojas, y te contemplo en el / árbol florido de mi jardín”.

Como se ve, aun en traducciones es posible apreciar el trabajo artístico que poseen estas composiciones de indígenas mexicanos, que da lugar a la comunicación de la belleza o de la emoción —dolorida, sensual o alegre. Y de eso se trata el arte; pero es un arte injustamente ignorado, empezando por los propios mexicanos. Y, en esta situación, salimos perdiendo todos. Las razones para tal descuido son muchas, y bien explica Pilar Máynez los problemas que ha tenido que sortear la literatura en lenguas indígenas, que muy frecuentemente es vertida al castellano por los propios autores. Uno de estos problemas, según comenta, es la dificultad de representar mediante la escritura las manifestaciones literarias indígenas. “Si en el periodo que siguió a la Conquista —dice Máynez—, los misioneros lingüistas tuvieron que transvasar al alfabeto latino los fonemas en algunos idiomas amerindios, que en ocasiones superaban el número de los del castellano, hoy los escritores en lenguas indígenas deben optar por el registro gráfico que consideren idóneo, pues en muchos casos existen diferentes propuestas”. Esto, a su vez, acarrea otras contrariedades, entre las que se encuentra el problema del desciframiento de los grafemas. Pero hay más: la obligada traducción, si se pretende llegar a un público más amplio que, desgraciadamente, desconoce todas las lenguas vivas de este país. Y es que es difícil, y en ocasiones imposible, reproducir en español el

sentido real de muchos enunciados en lenguas indígenas, como lo expone Máynez mediante la observación que cita del poeta zapoteco Víctor de la Cruz. Además, se pregunta la autora, “¿cómo reproducir fielmente en la versión de la lengua receptora la riqueza rítmica y sonora de, por ejemplo, las creaciones zapotecas en las que la cantidad y duración silábica, así como la carga acentual y tonal, produce un determinado efecto?”

En fin, en su libro Pilar Máynez valora las lenguas indígenas, pues, como buena lingüista, sabe que efectivamente tienen el mismo estatus que cualquiera otra. Su trabajo es sólido, analítico y propositivo. Destaco algunos de sus méritos: En primer lugar, la puntual y acertada síntesis de las investigaciones sobre la temática que aborda, que permite al lector contar con un documento fiable y accesible de apoyo para los propios estudios o, simplemente, para su conocimiento. En segundo, el estudio particular de la situación de la literatura indígena, mediante el planteamiento de problemas y la proposición de algunas soluciones. En tercero, la invitación al análisis; por ejemplo, para la determinación genérica de esta literatura. Además, hay que destacar nuevamente el ejercicio de la valoración literaria, mediante las aproximaciones a cada una de las composiciones seleccionadas.

Festejo, pues, la edición de un documento de rigor académico; que brinda un panorama preciso, que rescata lo ignorado, que se detiene en los problemas espinosos, que juzga con bases, que aporta interpretaciones, y que sugiere rutas a seguir. *Lenguas y literaturas indígenas en el México contemporáneo* es un estudio que motiva la investigación de la riqueza lingüística y cultural indígena. Ojalá que el libro en verdad cumpla este cometido, que los indígenas de hoy sean reconocidos y valorados, por lo menos, en su patria.

LILLIAN VON DER WALDEN MOHENO

Maximiliano de Habsburgo, *Ordenanzas de tema indígena en castellano y náhuatl*, estudio introductorio y edición facsimilar de Miguel León-Portilla, Querétaro, Instituto de Estudios Constitucionales de Querétaro, 2003, 45 p.

Pocas figuras de la historia de México son tan controvertidas como la de Maximiliano de Habsburgo. Miembro de la casa imperial austriaca, con derechos de sucesión al trono de ese imperio, casado con una de las mujeres más ricas de Europa, joven y ambicioso, este príncipe se vio envuelto en una aventura que lo llevó a dejar la comodidad del